

dentro del ancho lecho porque ahora un ser extraño, otro niño, ocupaba su sitio. Entonces sentía que odiaba a la pequeña intrusa que llegaría una noche; sentía que odiaba a su madre que permitió que se le despojara a él de algo que le pertenecía por derecho. Las horas avanzaban mientras, sin poder dormir, se revolvía en la cama, nutriendo con la mente afiebrada pensamientos de rencor y de miedo. Por fin, muy tarde, sin saber cómo, caía pesadamente en las cavernas misteriosas del sueño.

A la mañana siguiente se levantaba pálido, desgano, con una amalgama de sentimientos en el cerebro. A veces pasaba semanas enteras sin hablar, hosco, intratable. Otras, los accesos de ira se repetían casi a diario. Sus juguetes lo hastiaban y el huerto carecía ya de secretos que ofrecerle. Un día que su violencia llevólo a destrozar rabiosamente entre sus manos agresivas algunos cachivaches del salón, sus padres resolvieron internarlo en un colegio de moda.

¡Ah, qué escena! Un rencor del que aún no ha podido liberarse, se levanta en el pecho de Raul al recuerdo de esos días. Revive el momento en que su madre lo sentó sobre sus rodillas:

- Vas a entrar a un gran colegio, hijito. Ma verás, hay muchos niños, muchos juegos. Te divertirás más que aquí, solo. Dormirás allá..

El se puso lívido.

- ¿Dormiré allá, solo ?

- Con otros niños. ¡Ya verás qué entretenido!

Raul detestó la sonrisa ansiosa de su madre. ¡Ah, lo comprendía todo! ¡Deseaban desprenderse de él, alejarlo, ahora que tenían otro niño! Su carne empezó a temblar entera; cada célula, cada miembro, cada trozo, tembló. Escurrióse de los brazos que lo oprimían y se echó al suelo retorciéndose largo rato en un terrible acceso de histeria.

En los días que siguieron, tuvo protestas violentas, destruyó sus juguetes, arrojó piedras del huerto a los vidrios de las piezas

Al fin, vencido, se encerró dentro de sí mismo, en un mutismo desesperado. Una sorda angustia invadía cual una ola su organismo débil. El poder absoluto que sus padres tenían sobre él le pareció injusto y monstruoso. Y de pronto empezó a sentir un cansancio de viejo, como si hubiera vivido ya una larga existencia.

Dormido veía a menudo a su madre. Una noche soñó que estaba con ella en la playa, recostado en su tibio regazo. Miraba la ancha sonrisa cariñosa y sobre el rostro sentía el contacto de la mejilla cálida. Pero de pronto, sin saber cómo, ella, la madre, se le escapaba, entraba al mar y huía sobre las olas, lejos, lejos. Él gritaba desesperadamente llamándola, pero ella ni siquiera volvía la cabeza. Alcanzó a ver que subía en un velero. ¡Ah, qué linda e insolente vela blanca! El velero partía mar adentro, llevándosela. Con el pecho henchido de sollozos, él miró perderse al velero en el horizonte. Entonces se sintió arrastrado por una avalancha de agua turbia que imprevistamente surgió de otro lado. En sueños, Raul se agitó y luchó largo rato por librarse de la corriente, pero todo fué en vano. Iba dando manotadas y tumbos debajo del oscuro torrente. No podía respirar, sentía la aficxia, el ahogo, la muerte... ¡Ah...! Un grito atroz puso en alarma la casa. Su madre acudió en camisa y pies descalzos, secó con besos sus lágrimas y lo estrechó apasionadamente contra su corazón. Pero él mordió el brazo cobijante que lo enlazaba.

No. Raul prefiere no recordar todo aquello. Prefiere no recordar esa mañana luminosa en que, acompañado de sus padres, llegó por primera vez al colegio. Aún siente la impresión de que trás ese umbral se detuvo para siempre la luz del día. Y aún siente, en su carne y en su alma, las burlas, soportadas largo tiempo, de sus compañeros más fuertes, los despreciativos cuchicheos, las bromas ofensivas, a él, que siempre es derrotado en los combates, que llega último en las carreras

ca me quisiste, entonces ? ¿ Eran mentirosas tu demacración cuando yo estaba enfermo, tu expresión radiante cuando yo estaba alegre ? Cual una herida viva siente la humillación que le ha inferido su actitud. Entonces detesta esa imagen querida. Y desea humillarla a su vez, hacerla sufrir. Piensa que la mejor venganza sería que él muriera. Y ansía furiosamente la muerte para que ella lo sobreviva miserable y sellada por el remordimiento de haberlo repudiado.

Los Domingos su madre viene a buscarlo y el hogar se engalana para recibirlo. Edelmira prepara una torta de mil hojas para el té. Pero él, Raul se muestra circunspecto. Esa casa a que lo amarran nostalgias desesperadas, ese huerto, pierden de cerca su misterioso hechizo. Ya no lo atrae el agua de la acequia, ya no lo intriga el alborozo del gallinero ni el corral soñoliento de los chanchos.

En cambio se exaspera tratando de adivinar qué vida se hace sin él en el ambiente familiar. Trata de comprobar hasta qué punto lo ha reemplazado su hermana y si el sitio vacío que él dejara está lleno con la presencia de ella. A Raul le parece ridícula y odiosa esa muñeca morena que no se quita los dedos de la boca y que lo mira de soslayo con sus enormes ojos, sorprendidos y graves. Ella es la que ahora va pegada a las faldas de la madre. "¡Tonta!" murmura a media voz. "¡Tonta!" La niña finje no oír, pero se estrecha más contra el cuerpo de la madre. Raul la detesta por ello. Y si permanecen solos un momento, arrebatada sus juguetes o la empuja disimuladamente hasta hacerla caer. Ante los despavoridos gritos de ella, Raul cobra de nuevo su actitud

impasible.

Espía cada palabra de su madre, cada caricia. Y se extremece de furor contenido cuando advierte pequeños detalles que le muestran que, aún sin él, la felicidad reina en la casa. Lo más difícil es fingir indiferencia ante sus padres, no dejarse llevar por la ola de rencor y de celos que inunda su pecho. Lo más difícil es no estallar subitamente en una amarga carcajada que se irá trocando en llanto. ¡Nunca podrá perdonar, nunca podrá enternecerse, ya! Su cuarto, sus juguetes, lo esperan siempre. Pero a él no le bastan ese cuarto, esos juguetes. Lo quiere todo para sí, como antes, sin presencias intrusas. ¡No está dispuesto a compartir! Su casa, sus cosas, los animales que corrían en el huerto para alegrar sus ojos, el sol que cada mañana nacía para alumbrar sus juegos ¿dónde están? ¿Y por qué no son suyas, únicamente suyas, esas manos que se posaban inquietas y acariciadoras sobre su frente? Nada le devolverá lo que perdió y ni siquiera existe un sitio en donde pueda esconder su miseria, ser él mismo, sin gente incomprensiva que se mezcle a su vida. En el colegio, los compañeros. En la casa la insoportable intrusa.

Decide no hablar sino lo indispensable y nunca nada íntimo. Introversarse. Confinarse para siempre en su rencor inmenso.

Entonces, lentamente, empezó a primar en él un egoísmo enfermizo, una extraña y falsa valorización de su "yo."

La vida en el colegio era ahora soportable. Sus camaradas se habían aburrido de burlarse de él, de su cuerpo sin músculos, de su tie-sura enfática. Lo juzgaban un ser aparte, inadaptable, sin apetito vital. Durante las comidas, durante los recreos, mientras los otros solían mantener apasionadas discusiones políticas o filosóficas, mientras charlaban sobre amor y contaban chascarrillos, Raul permanecía desdeñoso, sin tomar parte en los debates, sin solidarizarse con nadie. /;Con qué objeto quemar su preciosa energía en sostener temas estériles ? ;Con qué objeto comprometerse haciéndose se paladín de doctrinas cuyo triunfo veía inseguro ? Lo único urgente, lo único sabio, era salir adelante, utilizar sus horas para ganar cuanto antes la independencia que anhelaba.

Tenia dieciocho años cuando terminó sus humanidades. A esa edad en que los demás seres crean hondos y verdaderos vínculos con el exterior, él, Raul, rompió todos los nudos que podían ligarlo a la comunidad humana. Su constante inseguridad se defendía con un despotismo y una vanidad cada día mayores. Era hermético o teatral, según el caso. Posaba a la esfinge o se convertía en actor. Tales artificios tenían por objeto crearse la personalidad triunfadora que deseaba tener. Gracias a esos trucos internos consiguió mantener ante los demás la ficción de una superioridad intelectual y moral. Y a raíz de concluir sus años en la Universidad, vivió para surjir, vivió para figurar: aduló a los poderosos, consiguió puestos, despertó amores. En cuanto tuvo independencia económica, realizó aquél anhelo saboreado desde largos años atrás:

Entonces, lentamente, empezó a primar en él un egoísmo enfermizo una extraña y falsa valorización de su "yo."

La vida en el colegio era ahora soportable. Sus camaradas se habían aburrido de burlarse de él, de su cuerpo sin músculos, de su ticsura enfática. Lo juzgaban un ser aparte, inadaptado, sin apetito vital. Durante las comidas, mientras los otros solían mantener apasionadas discusiones políticas o filosóficas, mientras charlaban sobre amor y contaban chascarrillos, Raul permanecía desdeñoso, sin tomar parte en los debates, ni solidarizarse con nadie. Una vaga sonrisa plizaba sus labios finos. ¿Con qué objeto quemar su preciosa energía en sostener temas estériles? ¿Con qué objeto comprometerse haciéndose paladín de doctrinas cuyo triunfo veía inseguro? Lo único urgente, lo único sabio, era seguir adelante, utilizar sus horas para ganar cuanto antes la independencia que anhelaba.

Pero a menudo su voluntad, su empeño, se debilitan. Y abandona sus diccionarios y libros para caer en una extraña languidez. Vaga por los patios del colegio, febril, adormecido, con la cabeza turbia y los miembros perezosos. Es que lleva dentro de sí una carga pesada: la de su savia virgen.

Se siente incapaz de soportar la atmósfera de ciertas noches estivales, muy cálidas, en que la naturaleza entera parece que participa de su fiebre y en que respira como un ser humano la tierra perfumada y ardiente. ¡Vértigo de fragancias! El corazón de Raul palpita, hambriento de todas las hambres. Durante las noches, sueños monstruosos aceleran su pulso. Su sangre bulle y lo asedian ráfagas de locura, bocanadas dementes de deseo. Sus sentidos, en desbordada libertad, lo muerden como víboras y sus manos se extienden para aprisionar una forma, para palpar los contornos imaginarios de una curva. Cierra los ojo